

CULTURA

LINN ULLMANN Escritora

“La escritura y la confesión son dos cosas distintas”

ANDREA AGUILAR, Oslo

En la sede de su editorial en Oslo un equipo del principal canal noruego graba un reportaje sobre la reconocida escritora con motivo de la aparición de su esperado nuevo libro, una continuación de las memorias que publicó hace seis años y que acabó por asentar su prestigio internacional. Esbelta e inquieta saluda nerviosa, en contra de lo que cabría suponer, a Linn Ullmann (Oslo, 55 años), hija del director Ingmar Bergman y de la actriz Liv Ullmann, le incomodan las cámaras. Esa podría ser la primera suposición errada sobre ella, pero en las páginas de *Los inquietos* (publicado en castellano por Gatopardo, y en diciembre en catalán por Les Hores) van cayendo las presunciones y se va revelando una singular narradora.

Crítica literaria y periodista, Ullmann publicó su primera novela cuando ya tenía 30 años, un divorcio y un hijo. Dice que el fracaso es con frecuencia el punto de partida de sus libros, y con el proyecto original del que surgió *Los inquietos* sintió que el fallo era total. “Mi padre tenía 84 años y empezó a hablar de cómo la edad le estaba afectando, estaba olvidando algunas palabras y recuerdos, no de una forma que otros se dieran cuenta”, explica habladora y vital.

Bergman era uno de sus mejores lectores. No era la primera vez que trabajaban juntos, aunque Ullmann guarda pocos recuerdos de los rodajes en los que participó de niña. La autora explica que el proyecto del libro empezó casi como una broma: “Se sentía cansado y viejo para escribir y le dije que debíamos hacer un libro sobre envejecer. Pasamos años hablando del libro sin hacerlo. Íbamos planificando. A veces estaba al teléfono con él y su voz sonaba lejanas. Las conversaciones eran más lentas y me decía: ‘¿Vienes pronto?’”.

Cuando se sentaron, el deterioro cognitivo de Bergman era notable. “Estaba al final de su vida y se encontraba en ese espacio entre el sueño y la realidad y olvido y recuerdos”, recuerda. “La realidad guionizada que de alguna manera habíamos creado y que siempre había estado ahí ya no estaba, teníamos que inventar un nuevo idioma, teníamos que hacer algo que ninguno de los dos sabía: improvisar”.

El libro pasó a segundo término, y esas cintas de aquel “viaje de adioses” le resultaron imposibles de escuchar tras la muerte de Bergman. Siete años después y cuando ya llevaba más de medio libro sobre su infancia escrito, las grabaciones fueron una parte esencial de *Los inquietos*. “Eran espacio muy interesante para la ficción y para la imaginación porque dejaban todas las ventanas abiertas, todos los gé-



La escritora Linn Ullmann, el mes pasado en Oslo. / KRISTIN SVANAES-SOOT

neros. Era algo tan distinto, tan extraño, tan triste, tan vulnerable. Había muerte y había vida al mismo tiempo. Como dice Strindberg en *El sueño*, todo es posible y el tiempo y el lugar ya no existen”. Ullmann escribió unas memorias “sin decir recuerdo esto o esto fue así, porque no sé exactamente cómo fue”. ¿El libro pasó entonces a ser sobre ella? “Es una versión de mí, soy yo y no lo soy, como diría Deborah Levy, una de mis escritoras favoritas”, responde.

Distintos materiales van quedando engarzados en *Los inquietos*. Hay recuerdos de la casa de la isla donde pasaba todos los veranos con su padre, reflexiones, traslados a EE UU, parejas varias de su madre, y la transcripción, como en un guion o una obra de teatro, de algunas de aquellas conversaciones con el senil Bergman. Las escenas saltan de un espacio a otro, en el tiempo y geográficamente, creando movimiento, casi un baile poético, algo que Ullmann,

La autora planeó ‘Los inquietos’ con su padre Ingmar Bergman

“Mis textos están conectados con el baile, pienso en una coreografía sencilla”

“La ira forma parte de mí, pero tienes que alejarte cuando creas”

que se formó como bailarina en Oslo y en la escuela Julliard de Nueva York, no refuta. “Mi escritura está muy conectada con el baile. Lo primero en lo que pienso cuando imagino un libro es una coreografía sencilla, cómo se mueven esos cuerpos de forma dolorosa, bella, llena de amor, solos o juntos”, afirma. Cita a la bailarina y coreógrafa Pina Bausch y a Merce Cunningham como referentes fundamentales, y suma los nombres de la poeta Anne Carson y del músico John Cage.

¿Había algo que tenía claro que dejaría fuera o quitaría de la historia? Ullmann, que en estos meses de pandemia lanzó un *podcast*, *How To Proceed* (“Cómo proceder”), de conversaciones con escritores, no teme hablar de método, pero recurre a un texto que recuerda de un libro que recoge una entrevista entre Micahel Ondatjee y el montador de *El padrino* Walter Munch. Habla el cineasta de una bombilla azul que ilumina

un cuarto para transmitir un sentido de ese color, y dice que la clave está en quitarla, porque es tan potente que deslumbra, y ver cómo mantener esa sensación azul sin ella —“Esa es la clave: quitémosla y veamos qué pasa”—.

Su padre, según ella cuenta en el libro, quería evitar el “chapotero sentimental. Aún no he conocido a un artista que quiera ser sentimental. Puedes usar el sentimentalismo, pero tienes que saber lo que haces, porque fácilmente puede pasar a ser algo *kitsch* y eso es una afrenta a la humanidad”.

La ira es un sentimiento extremo del que habla en su libro. Su padre le aconseja mantenerlo a raya. “Forma parte de mí, pero tienes que alejarte cuando escribes”, apunta y se refiere a unos textos de sus alumnos en una de sus clases de escritura que chorreaban ira y dolor. Ellos le decían que todo lo escrito era rigurosamente cierto y ella les explicaba que eso no era lo importante. “No se trata de guardar un registro exacto de lo ocurrido, sino de que suene a verdad, cuando está en la página. Así que hay que retirarse un poco y comprender que la memoria es maleable”.

Extraordinario o frecuente

En *Los inquietos* Ullmann reflexiona sobre los recuerdos mismos y se pregunta si uno guarda memoria de algo en concreto porque fue un algo extraordinario o porque era algo frecuente.

Su padre no estaba bien y tenía la cabeza perdida. Escribir sobre él acarrea una cuestión ética. “Escribo sobre gente que tengo a mi alrededor, pero soy muy consciente de ello y de lo poco que necesitas contar para expresar algo. Contarlo todo es aburrido. No quería que el libro fuera sobre un hombre famoso, sino sobre la lucha de un hombre en su vejez y por eso son el padre la madre, la hija. No hay nombres y no es una autobiografía”, afirma. “Mi propósito no era contar mi vida como si fuéramos a charlar y nos tomáramos un vino. La escritura y la confesión son dos cosas distintas”.

Ullmann se rebela contra la idea de que a muchas escritoras siempre se las celebre en función de su filiación con un artista hombre. Menciona a Linda Knausgard (“Es una escritora exquisita”) o a Siri Hutsvedt (“Hay quien piensa que aprendió neurociencia gracias a Paul Auster”).

El nuevo libro que acaba de salir en Suecia se titula *Una joven*, 1983 y parte de un episodio que menciona en *Los inquietos*, una aventura que con 16 años tuvo con un fotógrafo mayor y que la llevó a París. “¿Fue un *affaire*? ¿Ella era una niña? ¿Él era un abusador o un simple amante?”, cuenta. Las relaciones entre hombres mayores y chicas jóvenes aparecen varias veces en *Los inquietos*. “Es un arquetipo y me gustan los arquetipos, para usarlos y revolverlos”.

Las cámaras aguardan fuera de la sala, y a Ullmann aún le queda promoción, entrevistas y preguntas por responder. Se pone el gorro de lana y se despiden.